

HISTORIETAS MÉDICAS

Rosa PERALTA

HA SIDO NORMA de los médicos mexicanos gastar gran parte de su tiempo (digamos el ochenta por ciento) en la política, y dedicar al ejercicio profesional el resto. Hoy parece que las cosas han comenzado a cambiar: parte de ese tiempo lo consume lo que benévolamente puede llamarse la especulación científica. He aquí un caso reciente: don Fernando Césarman, recibido en nuestra Escuela Nacional no hace mucho, pasó los cuatro o cinco años siguientes a su graduación en grandes clínicas norteamericanas, donde estudió y practicó la medicina mental. Ha emprendido de regreso la publicación de una serie de Monografías Psicoanalíticas, cuyos dos primeros tomos, de autores mexicanos, han aparecido, y cuyos tres siguientes, de escritores extranjeros, se publicarán próximamente.

El volumen de don Francisco González Pineda* ha tenido un cierto éxito —al menos de estimación—, pues un semanario extranjero de gran circulación lo ha comentado. Este hecho, en verdad inusitado, tiene, sin embargo, una explicación sencilla: los corresponsales extranjeros son, en general, inteligentes y dueños de su profesión; pero por fuerza les lleva tiempo conocer el país en donde vienen a operar. De allí que, mientras tanto, se nutran de los chismes que engendran y hacen circular sus colegas más antiguos en el puesto. En ese interregno le dan un valor desmedido a las afirmaciones impresas donde se recogen esos chismes, y con las cuales tropiezan casi como por azar. Por lo demás, al mexicano le ocurre algo semejante, si bien por motivos distintos: le da también un valor desmedido a ver en letras de molde las maledicencias que oye todos los días; tanto es así, que sin vacilar declara genio o héroe al autor de ellas.

* *El mexicano. Su dinámica psicosocial.* México: Editorial Pax, 1959; 206 pp.

Esto ha pasado con el señor González Pineda cuando escribe (pp. 35-36) que los secretarios de estado tienen en México la doble función de hacer creer al público que los aciertos son del presidente de la República, y de ofrecerse a la crítica inmisericorde como si ellos —y no el Presidente— fueran los responsables. La crítica sólo alcanza al secretario de estado —dice el autor—; “más arriba, lo único que se permite es el susurro”. Esto, convengamos, es una vulgaridad: todo el mundo lo sabe, cada día se oye y mexicano tras mexicano lo repite. No hay aquí, entonces, ninguna novedad, y menos heroicidad alguna. La cosa, sin embargo, es mucho más grave, pues no hay tampoco inteligencia o penetración; es, como todo chisme y cualquier vulgaridad, una verdad a medias.

En primer lugar, el señor González Pineda parece ignorar que en México, constitucionalmente hablando, el Presidente —y no sus ministros— es el único responsable de los actos del poder ejecutivo, a diferencia de lo que ocurre en Inglaterra, donde los ministros —y no el jefe del estado— lo son. En segundo lugar —y ya como una situación de hecho—, lo que pasa en México es que los ministros se las arreglan para escamotear los fracasos de su gestión, y dar a entender que los éxitos, aun cuando atribuibles formalmente al Presidente, en realidad son de ellos. En tercer lugar y más importante: si el señor González Pineda tuviera capacidad y deseo de esclarecer la verdad, no habría fallado en especificar la clase de crítica de que habla, dato esencial para entender la situación. O es la crítica formal del artículo y el editorial de periódico, del manifiesto político y del discurso público, o la informal del comentario callejero, la charla de café y la conversación “social”. Es de suponerse que el señor González Pineda piensa en esta última, pues habla de “susurro”, palabra de aplicación inverosímil en el caso, digamos, de un artículo periodístico. Si así fuera, la situación es la inversa: la crítica informal hace responsable al Presidente de todo; solamente de él se espera el bien, y a ninguno otro se le imputa el mal.

Pero el libro del señor González Pineda es memorable por algo más que ese débil intento de describir la realidad política nacional. Desde luego, por la lengua que usa. En su cuen-

ta debe abonársele la repetición de barbarismos como “enfatar”; el uso de “evidencia” en lugar de testimonio o prueba, “compromiso” por transacción, “balanceo” por equilibrio, etcétera, etc. También una aportación nada despreciable de nuevas palabras: “objetal”, “externalizar”, “validar”, “inferiorizado”, “archivación”, “conflictivo”, “concienciación”, etc. Al lado de estas novedades figuran los elementos de repetición que lo acreditan como maestro de la lengua. A expresiones simples: “y otros, a otros tipos diferentes”, y “se apodera del poder”, siguen las más complicadas de la página 47, en donde en cinco líneas figuran seis “que”, y en la página 97, donde, en once líneas, hay siete expresiones adverbiales en mente: “particularmente”, “íntimamente”, “generalmente”, “penosamente”, “totalmente”, “finalmente”, y “casi totalmente”. También se hallan construcciones notables como éstas: “. . . aquellos valores internos de la herencia de la experiencia mágica, de la experiencia de las relaciones. . .”. Hay en el libro, además, un intento de resucitar la larga, compleja y sonora oración del escritor latino clásico: en la página 95 aparece una oración de doce renglones; en la 118, otra de veintiuno, y en la 145-46 se alcanzan las veintisiete líneas. No deja de ser grata, además, la frescura general para manejar el idioma, por ejemplo, en materia de sintaxis: “con frecuencia aparecerán . . . la palabra “ello” (p. 10); “la influencia de éste [el presidente] es tan grande, que ser amigo de un amigo del amigo del presidente, todavía dan oportunidades para el poder y el prestigio” (p. 35); “para quienes se hayan adentrado a los pueblos. . .” (p. 42); “el aislamiento con la realidad externa. . .” (p. 45); “. . . por su mayor identificación a la madre” (p. 81); “el antirreligioso con problemas de identificación como los descritos, revelarán sus preocupaciones. . .” (p. 90); “el católico mestizo de los distintos barrios de la ciudad de México no se sienten en real comunidad. . .” (página 93); “la mujer tiene que tornar al sacerdote porque no tiene marido cercano con quien poder expresar sus necesidades” (p. 97); etc.

En fin, aparte de admirar la decisión de escribir estricto con una x muy mexicana, puede decirse con confianza que

el señor González Pineda no ha logrado dar con el sitio de una sola coma en las doscientas seis páginas de su libro. Sospecho que las escribió primero sin puntuación ninguna, y que después, usando un aparato que supera a la ametralladora, las roció con todos los signos de puntuación. Quien sepa algo de ametralladoras, sabe que son, en efecto, armas mortíferas, pero dispendiosamente mortíferas: de cincuenta o cien balazos con que instantáneamente cubren un cuerpo, uno solo da donde debe dar, en el corazón.

AHORA BIEN, se ha insistido en el lenguaje porque su autor le concede tanta importancia, que a él le dedica las primeras veinte páginas de su libro; pero hay una razón más: pocas disciplinas científicas modernas han creado una terminología tan extensa y abstrusa como el psicoanálisis. En rigor —y pese a tanto ensayo de vulgarización—, por ese solo hecho ha llegado a ser una materia cuyo entendimiento no pueden alcanzar los legos. Y ésta es una de las muchas dificultades que presenta la aplicación del psicoanálisis a la interpretación históricosocial: entender el pasado y el presente de una sociedad es ya de por sí una tarea tan difícil, que no se ve el provecho de presentar la explicación en una jerga incomprensible. Véase, por ejemplo, este párrafo del señor González Pineda:

Se han escrito teorías analíticas tratando de explicar algunos rasgos comunes en muchos mexicanos, tales como la melancolía, teoría basada esencialmente en la afirmación de una relación materno-infantil con grandes satisfacciones orales y por lo tanto, con tendencia a fijación en este nivel, y, por otra, en la desilusión infantil ante el súbito abandono materno, al nacimiento del hermano menor. (P. 40.)

El psicoanálisis, en su esfera propia de aplicación, y más todavía cuando se traslada al campo históricosocial, lucha con una desventaja más, que el señor González Pineda no logra salvar: apesta a superchería, suena a charlatanería pura, o, en el mejor de los casos, parece un ejercicio infantil que, además de inútil, no es siquiera divertido. Suena a misterio im-

penetrable, por ejemplo, esta afirmación: "los criollos no tenían solución para las características del país" (p. 26). Ésa es la presentación psicoanalítica, que en cuanto a la simplemente histórica resulta, como siempre, una vulgaridad y una verdad a medias: "Habiendo renegado del sistema político español, [los criollos] se encontraron sin solución propia, por lo que buscaron sus ideas en las ideas de la revolución francesa y en el ejemplo de los Estados Unidos." Otra muestra es ésta: "Las rebeliones se hicieron como . . . manifestaciones de fragmentos del gran yo, que actuaron para satisfacer independiente e inarmónicamente las necesidades del propio ello" (p. 49). Traducido al cristiano, el señor González Pineda quiere decir que el impulso que echó a Villa a la revolución fue diferente de los de Carranza y Zapata.

Parece muy dudosa la utilidad de explicar la no-reelección, o la elección periódica del presidente de la República, como un apetito del mexicano de matar simbólicamente al mal padre, con la esperanza de que el nuevo le resulte bueno. Y es, me parece, una superchería pura esta explicación de por qué el niño mexicano, nacido católico y de padres católicos, deja a poco de practicar de manera abierta los ritos de su religión: el "temor de permanecer manifiestamente sometido a una identificación materna y percibir con más claridad los componentes femeninos que pudiera tener". Como es charlatanería pura suponer que, como consecuencia de eso, el joven católico mexicano prefiere el culto de la figura femenina guadalupana a la varonil de Cristo.

Nada de extraño tiene que manejando tal lenguaje y semejantes conceptos, don Francisco se sienta a veces inseguro de ellos, y aconseje "suspender el juicio final hasta que *verdaderos* historiadores escriban en paz y seguridad y nos digan si nuestros insurgentes fueron todo ideal y si nuestros liberales fueron todo ideal y si ios españoles y los conservadores fueron todo ambición, mala fe, traición y egoísmo" (p. 110). Puede estar seguro don Francisco González Pineda que no se necesita ser un "verdadero" historiador, ni menos todavía escribir la historia "en paz y seguridad" para resolver esa terrible duda. Lo mismo Lucas Alamán, que escribió en la paz

y la seguridad que le dio su buena fortuna, que Vicente Riva Palacio, que escribió en la pobreza y la inseguridad de una bartolina, jamás se ocuparon de la cuestión. Ellos —y todos los historiadores— saben que la historia lidia con hombres, y que aun cuando el hombre fue hecho hace algún tiempo a imagen y semejanza de Dios, no es dios, y que, por lo mismo, siempre tiene sus lados flacos. Así no puede ser, ni ha podido ser nunca, “todo” ideal.

El señor González Pineda debe darse cuenta de la insuficiencia del psicoanálisis como medio explicativo de las realidades históricas y sociales del país. No lo emplea, por ejemplo, cuando se embarca en una extensa consideración de la reforma agraria; pero la consecuencia para él es entonces más adversa todavía. Aquí luce en todo su esplendor el cobre de su ignorancia de los hechos y de la secuencia histórica de los fenómenos; la comprensión parcial de ciertos mecanismos como el del crédito; en fin, tanta y tanta circunstancia necesarias para poder decir algo congruente —y no digamos algo nuevo— acerca de un tema tan debatido. Y después de una gestación tan larga y penosa, viene la conclusión, que no puede ser más vulgar ni verdad más a medias: “La tierra no debe ser dada como juguete roto de un niño rico a un niño pobre. La tierra debe ser comprada, si no con dinero, con sudor y trabajo, para que el hombre la crea suya.”

DE TODOS modos, las dos monografías psicoanalíticas publicadas y la serie que planea, afanoso, don Fernando Césarman, plantean un problema de interés: ¿qué puede esperarse del psicoanálisis para conocer y mejorar la realidad social mexicana? Lo segundo también se lo proponen los psicoanalistas, pues, gente modesta, como es, profesionalmente, el médico, no se conforman con buscar el mal, sino que quieren dar con el remedio. (El señor González Pineda llama a uno de los capítulos de su libro “Terapia del Yo Nacional”.)

Puesto que es ésta una revista de historia mexicana, está indicado un enfoque histórico al problema. Hace años don José Gaos trajo a México la idea de que no existe una filosofía única, válida en todo tiempo y lugar, sino muchas, cada

una hija de "su circunstancia", es decir, del tiempo y del lugar donde nace y se desenvuelve. Los discípulos de Gaos —que formaron legión— trabajaron partiendo de esa idea, y así aparecieron los estudios de Zea, por ejemplo, más la larga serie de tomitos sobre el mexicano y lo mexicano. No es ésta la oportunidad de examinar la validez de tal idea matriz; pero sí de señalar su consecuencia inevitable: obliga a quien la abraza a saber, además de filosofía, historia, y justamente porque los discípulos de Gaos no siempre hicieron ese doble esfuerzo, a veces se llegó a la situación de que sabían menos filosofía de la que debían y no tanta historia como necesitaban. Así, algunos de ellos tuvieron menos éxito del que habrían tenido de haberse dedicado a una filosofía "pura".

Ocurrirá algo más grave con los psicoanalistas mexicanos, si puede uno basar la predicción en el libro del señor González Pineda: tendrán que comenzar por aprender a discurrir y escribir, además de estudiar historia, sociología, economía, derecho y ciencia política, por lo menos. Conseguido esto, serán bienvenidos a la interpretación de la realidad mexicana por los historiadores, los sociólogos, los juristas, los economistas y los políticos de éste y de todos los países.